

MARIA JUANA CHRISTIE DE SERRANO.

Colombiana únicamente por la nacionalidad de su esposo don Juan E. Serrano, esta notabilísima dama y escritora nació en Irlanda casi mediados del siglo, y reside en Nueva York. Aprendió por sí sola las lenguas clásicas y el francés, el alemán, el italiano y el español, que posee admirablemente. De mucho inédito que guardaba, publicó en 1883 un precioso tomo de poesía en inglés, *Destiny and other poems*—De esto libro dice D. Rafael Pombo, á quien debemos la colocación de tan célebre poetisa en el presente: '*Destiny*, poema original en cuatro cantos, es obra de idealidad y elevación extraordinarias: noble apoteosis de la amistad, y á la vez de resolución en forma dramática de la lucha entre las dos escuelas, la optimista y la pesimista, que, fuera de toda parcialidad religiosa y política, se disputan el campo de la filosofía social: tema que allí se desarrolla en un conflicto traído por el Camor en caracteres á cual más elevado é interesante, y sobre un fondo descriptivo de insuperable delicadeza. Todo el tomo respira la viril y generosa preocupación del espíritu de su autora con la triste condición de su país natal, y los familiares que le son el idealismo helénico y la más alta poesía alemana con su simbolismo filosófico; pero su filosofía es ardiente ansia de verdad y justicia, es el instinto de la Creación, no prosaico y frío aparato.»

Traducidas por el mismo Sr. Pombo darnos aquí tres breves muestras de la colección á que se alude que en esta ciudad se halla de venta; y recordaremos que en *El Repertorio Colombiano* numero 44, de Febrero de 1882, se publicó la brillante traducción al inglés con que esta señora honró la poesía *A Darwin* de Núñez de Arce. También ha traducido la *Pepita Jiménez* de Valera, traducción aplaudida por los críticos y que cuenta ya varias ediciones, sepultando otra anteriormente hecha al inglés de aquella afamada novela.

LIBERTAD Y AMOR.

HIMNO.

Toque mi ávida boca el sacro fuego,
Y surja el himno, y corra volador
La gran palabra, excelso botafuego,
Por la fibra infinita del Amor;

Y ésta, obediente al *Salve!* sobrehumano
Que proclamó la ansiada Libertad,
Estremeciendo al mundo expanda ufano
Tu inmenso corazón, ¡ oh Humanidad!

¡ Libertad! ¡ Santo Amor! —las más divinas
Gracias del Cielo!—que hasta el Cielo alzó
Mágico Amor las almas peregrinas
Donde una vez la Libertad prendió!

Pero aquel que á su soplo, en torpe calma,
Resista inerte, sentenciado está.
Nunca llama de amor fundirá su alma,
Que, á su tacto no más, se apagará.

¿ Será nuestro destino innoble, infando,
De nuestros siervos déspotas hacer.
Y, las aguas del cielo despreciando,
En turbias charcas mitigar la sed?

¡ Romped, ¡ oh hermanos! y húndase al abismo
Cada eslabón de esclavitud tan vil;
Y más nunca, hecho dios el Egoísmo,
El trono del Amor usurpe aquí!

Que el grito abrazador del hombre al hombre
Truene doquier. La Libertad ya entró—

De la Luz hija y del Eterno en nombre,—
En lid mortal con el voraz dragón.

Tornará la Justicia. El nuevo imperio
La Paz, gaje de Amor, coronará;
Y, roto el degradante cautiverio,
No la Fuerza—el Derecho—reinará!

EL SECRETO DE LA NATURALEZA.

Llena de anhelo está mí alma,
Tratando en vaga inquietud
De asir una sombra, un duende
Que huye á su solicitud.

Bien sé que al mortal no es dado
El puro néctar probar
De los dioses, ni el sentido
Misterioso penetrar

De esas cifras siempre idénticas
Y cambiantes á la vez
En que el pulso de la Vida
Late en férvida mudez,

O habla quizá en hondo canto
En cada botón de flor,
Hoja de árbol, gota de agua,
Rayo de luz temblador.

¡ Ah si pudiese dormido
Al Proteo sorprender
Y robarle su secreto
Con astucia de mujer!

Parece á veces que flota
En el claro azul vacío,
Luégo anida en una rosa,
Luégo en perla de rocío.

A menudo mi alma un tono
Pilló en onda musical
Que, á poder interpretarlo,
Ya era mío el duende tal.

Ora en caracteres fúlgidos
Corta la esfera veloz
Y de la magna tormenta
Vibra en la estruendosa voz,

Ora á las flores murmúralo
El viento meridional
Rico en fragancia; y las flores
A la obrera del panal.

El ave soñando hallólo
En el misterioso albor,
Y embelesó la alta noche
En trinos de ruiseñor.

Siempre la luna al Océano
Con su magia hechizará
Y preso en red invisible
Al viejo monstruo tendrá,

Y éste hará, en susurros blandos
U hondos truenos, entreoír
El secreto que sus sueños
No cesa de perseguir.

Colma con él en verano
El aire tranquilo el sol,
Y doquier bulle al asombro
Del vespertino arrebol.

En la hojarasca—mortaja
De aquel esplendor fugaz—
Cruje; y cual fantasma asoma
En negras noches la faz.

Cae silencioso de lo alto
Con el nevado vellón,
Pero se me escapa hundiéndose
Entre la tierra el bribón.

Y al tornar la primavera
De la juventud el brío
A Natura, con elixires
Mixtos de fuego y rocío,

El corazón siento alado
Y álzase, ebrio de placer,
Tras de aquello que en todo háblanos
De un regocijado Sér.

Mas ¡ ah! el canto de sirena
Que á ir me indujo á otra región
Con embusteras promesas
Turbándome la razón,

Es el plácido escarceo
Que al pozo el céfiro da
Con chispas de oro halagándonos
Y murmurando: "Aquí esta!"

Ah! lograrse yo el encanto
De Natura arrebatat,
Quieta al fin pudiera mi alma
En perpetua luz morar.

Mas de lo alto, do el espíritu
Siempre es libre para el bien,
Las estrellas en silencio
Nos están diciendo "Vén!"

LOS DOS HÉROES.

(FRAGMENTOS DEL CANTO I DEL POEMA « DESTINY. »)

“ ¡NÓ, Ernesto!» Clárens prorrumpió impetuoso;
No atentes á ese *más allá* que forma
La gloria de la vida y su alegría.
¡Que miserable dón nuestro sér fuera,—
Sufrir las amarguras, las congojas,
La lucha de la tierra, con la muerte
Por desenlace,—si otro fin más alto
No tuviese el vivir que horas y días
Ir aguardando y consumiendo en ansias
Que con su hora fugaz desaparecen.
¡Nó! Más noble heredad tiene aquí el hombre
Que estos terrenos intereses, frutos
De tronco vil, que donde nacen mueren.
Intérprete de Dios, Naturaleza,
Nos habla en sus secretos santuarios
Que hollar no es dado, y desde allí nos insta
A ir más arriba, y escalar las cumbres
Donde entre lo visible y lo invisible
Erigió el Tiempo divisorias vallas.
Ella nos manda ver, en flor ó estrella,
Símbolos del Poder Omnipotente
Que no por ruin desprecia objeto alguno
En su cuidado, y cuya ciencia suma
Concebir pudo el plan maravilloso
Que por corona y fin al hombre ostenta.”

“¡ Qué!” dijo Ernesto, “y osa el hombre el título
Tomar de la más noble obra divina,
Cuando en ciega demencia excede al bruto
Que sangra en su servicio! cuando el Odio,
El Orgullo y la Envidia en su alma el cetro
Blanden que la Virtud reclama en vano!
¿ Sueña él rasgar el velo misterioso
A la mano tremenda que alta empuña
De Vida y Muerte la pensil balanza;
La que, vertiendo soles y planetas,
Con fuerza igual mantíenelos volteando
Desde que los creó? ¿Y asir pretende
Con vista espiritual el fuego vivo
Que inflama las estrellas, él, que apenas
Si abrazar puede, en su visión más amplia,
Algún rayo de luz, mezquina gota
Del refulgente piélago del día?»

«¡ Oh Ernesto! aquellos que sus claros nombres
En los siglos que fueron nos dejaron,
Pirámides de luz que en todo tiempo
Mostrando están el rumbo á las alturas
Donde la Fama entronizada impera,
Esos héroes, y santos, y gigantes
No de músculos de alma que donaron
Cual bestias de labor los elementos,
Respóndente por mí que en nuestra arcilla
Alguna chispa divinal ha entrado
Que, querámoslo ó nó, su fuente acusa.
Con todo,—harto lo sé,—proscrita el alma
De su esfera nativa, olvidar suele

Armarse de sus alas, entre el polvo
De baratijas que en su jaula encuentra;
Y se contenta con ociar tranquila
Y parear con transitoria hermana
De un breve cautiverio, distraída
De su estirpe celícola entretanto.
Y sé también que sólo al alma sería
La ciencia instala en su estrellado trono
A regir á los hombres, con su cetro
En viva luz bañado, y por derecho
De la Sabiduría soberana.
Y al alma sería únicamente, el Arte
Franco abrirá su portentoso mundo,
Y, roto el sello al ánfora sagrada,
Con el licor de inspiración divina
La obsequiará; como al sincero y serio,
Y sólo á él, la Libertad excelsa
Desplegará su pabellón radiante
De eterna luz, á consumir llamada
Las sombras del Error, y á nuestros ojos
Abrir de la Virtud la fuente pura.”

«¡ Fruición preciosa! más que cuantas otras
Juntas brindará el mundo, Ernesto dijo;
Verlo así convertido en paraíso
De nuestra Humanidad regenerada.....
Pero es vano esperar que en este suelo
Se desarraigue el Mal. Quizá en alguna
Remota estrella, cuyas puertas abra
La mano de la muerte, ensueños tales
Cumplidos hallaremos. Entre tanto
Cada hombre de por sí qué romper tiene
Los hierros que lo ciñen y abaldonan,
Y no hay fuerza exterior que alce vivientes
Gérmenes que por dentro inertes yacen;
Ni soplo que antes de llegarle su hora
La gaya flor despierte en la semilla.
¿ Dejó en el Bien acaso confirmada
La humanidad el Redentor Divino
Cuando quiso en la cruz por nuestras culpas
Su sangre dar? Los Doce que entre todos
Los hombres escogió, y elevó Él mismo
A su alto ministerio,—los que oyeron
Su propia voz, y su apacible rostro
Lograron contemplar; y cuyas huellas
En su fuente alumbró la luz bendita
De Amor supremo y Ciencia inalterable,—
Siguiéron esos Doce por ventura
Sin un traspié por el camino estrecho?
¿Y cómo en su poder vivificante
Nuestras humanas débiles palabras
Podrán exceder nunca á la del mismo
Creador y Redentor ?—Son nuestra dote
El Bien y el Mal: dos fuerzas contrapuestas
De donde ésnos preciso nuestra propia
Fuerza sacar, en libre y larga lucha
Por someter el Mal, nuncio de muerte,
Al Bien, eterno código de vida.
Estriba aquí nuestra única esperanza
De alcanzar la Virtud. Cada hombre tiene

Que lidiar solo, mas no cuente el triunfo
Unicamente á su favor, que es vida
El esfuerzo también, firme y sincero.”

Hubo una pausa. En exaltado tono
De desdén Clárens la rompió exclamando
«¡Mi alma no te conoce, oh infecunda
Doctrina ruín que en los humanos pechos
Secas los manantiales de la dulce
Y afable Caridad que ESPERA TODO!
Doctrina que á encontrar al alma enseñas
Su más alta y mejor sabiduría
En el triste rigor de un egoísmo
Que hiela y mata cuanta flor pudiera
Suave agraciar nuestro áspero destino.
¡No! Déjame más bien que espere en vano
Una y mil veces, antes que una sola
Mostrarme frío al mal que aliviar pueda,
O perezoso en ministrar mi ayuda!
¡ Las amarguras súfra, una y mil veces,
De la confianza traicionada y torpe,
Antes que un caviloso titubeo
De honda prudencia en esta fe que abrigo
En la Virtud cual nuestro bien más alto
Y universal bendito patrimonio!
Y si la edad del desengaño un día,
Con su saber tan caro, ha de traerme
Esta amarga lección ¡ oh! que su aliento
No llegue á helar las candorosas flores
De la embriagante juventud! ¡ que esconda
Antes la muerte, en noche prematura,
Junto con sus aromas, las promesas
Del iris tentador de la Esperanza !»

Indice de autores

Siguiente

BANCO DE LA REPÚBLICA

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO